

hierro, para inutilizar la caballería enemiga. Recogieron al fin las tropas al campo, y habiendo encontrado agua, el ansia de apaciguar la sed los puso en confusión, de manera que toda la habilidad de Gonzalo y de sus oficiales apenas era bastante para llamarlos al deber y ponerlos en orden. En esto el polvo anunciaba ya la venida de los enemigos, y los corredores vinieron á avisarlo al general. Eran los nuestros cinco mil y quinientos infantes, y mil y quinientos caballos entre hombres de armas, arqueros y ginetes. Gonzalo los dividió en tres escuadrones, que colocó en tres diversas calles, que formaban las viñas: uno de españoles mirando hácia Cirinola, mandado por Pizarro, Zamudio y Villalba: otro de alemanes, regido por capitanes de su nacion; y el tercero de españoles, al cargo de Diego García de Paredes y Pedro Navarro, apostado junto á la artillería para ayudarla y defenderla: flanqueó estos cuerpos con los hombres de armas, que dividió en dos trozos, mandados por Diego de Mendoza y Próspero Colonna: á Fabricio su primo y á Pedro de Paz dió el cuidado de los caballos ligeros, que puso fuera de las viñas para que maniobrasen con facilidad. La pausa que hicieron los franceses, consultando lo que habian de hacer, dió lugar á estas disposiciones, y á que la gente, tomando algun respiro, pudiese disponer el cuerpo y el espíritu á la pelea. La excesiva fatiga que habian sufrido aquel dia hacia dudar á Gonzalo de su resistencia, cuando Pare-

des, viéndole todo sumergido en estos pensamientos: *Para ahora, Señor, le dice, es necesaria la firmeza de corazon que siempre soleis tener: nuestra causa es justa: la victoria será nuestra; y yo os la prometo con los pocos españoles que aquí somos.* Gonzalo admitió agradecido el venturoso anuncio, y se preparó á recibir al enemigo.

Estaba ya para caer la noche, y Nemours, mas prudente que dichoso, queria dilatar el ataque para el dia siguiente; pero sus oficiales, principalmente Alegre, creyendo ya asir la victoria, y acabar con aquel ejército fugitivo, opinaban que se acometiese al instante, y Alegre añadía que no podia esto diferirse sin nota de cobardia. A esta increpacion Nemours, picado vivamente, dá la señal de embestir, y él se pone al frente de la vanguardia, compuesta de los hombres de armas. Seguíale Chandénier, coronel de los suizos, con otro escuadron, donde iba toda la infantería, y últimamente Alegre, con los caballos ligeros, cerraba las líneas, que no se presentaban totalmente de frente, sino con algun intervalo retrasada una de otra. Comenzó á disparar la artillería, que era igual de una y otra parte; pero con algun mas daño de los franceses, por dominarlos la española desde la altura. A las primeras descargas un accidente hace volar la pólvora de los nuestros, y la llamarada que levanta parece abrasar todo el campo: se anuncia este reyés á Gonzalo, y él con cara alegre contesta: *Buen ánimo, amigos; esas son las luminarias*

*de la victoria.* El Duque de Nemours y su escuadron, para libertarse del mal que les hacía la artillería, acometieron la lanza en ristre, y á toda carrera, contra la parte de donde les venia el daño; mas halláronse allí atajados por el foso, por los garfios de hierro, y por la resistencia que les hizo el tercio que mandaba Paredes; siéndoles forzoso dar el flanco á los nuestros, y correr á buscar otro parage menos defendido para saltar al campo. En esta ocasion tuvieron que sufrir todo el fuego de la escopetería alemana, que estaba mas allá: entonces cayó el general francés muerto de un arcabuzazo, y los caballos que le seguian, sin gefe y sin orden, comenzaron á huir. El escuadron mandado por Chandénier quiso probar mejor fortuna; pero fué recibido por la infantería española, que lanzaba todas sus armas arrojadas contra ellos, y no hizo efecto ninguno. El mismo Chandénier, que por la bizarría y brillo de sus armas, y por su arrojo llamaba hácia sí la atención y los tiros, cayó tambien sin vida: caen al mismo tiempo los mejores capitanes suizos, y el desorden que esto causa hace inclinar la victoria hácia los españoles. Estos queriendo apurar su ventaja salieron de sus líneas. Paredes, al frente de su tercio, y el Gran Capitan con los hombres de armas, arrollan por todas partes á los enemigos, que á pesar del valor que emplearon Alegre y los Principes de Melfi, y Bisignano, que iban en la retaguardia francesa, se vieron rotos y dispersos; y se abandonaron á la

fuga. La noche detuvo el alcance, y atajó la mortandad: Próspero Colonna entró sin resistencia en el campamento enemigo, y viendo cerrada la noche, se alojó en la tienda del general francés, de cuya mesa y cena disfrutó, causando con su ausencia la mayor angustia á su primo Fabricio y al Gran Capitan, que viendo que no volyia, le lloraban por muerto.

Este fué el éxito de la batalla de Cerinola, que si se regula por el número de los combatientes, y por los muertos, no se contará entre las mas grandes; pero que se hace muy ilustre por el acierto y conducta del general vencedor, y por las consecuencias importantes que tuvo. Los ejércitos eran casi iguales, ó algo superior el de los franceses: de estos murieron cerca de cuatro mil, y de los nuestros algunos dicen que ciento, otros que nueve. La acertada eleccion de terreno, y el auxilio sacado del foso, unido á la temeridad de los enemigos, dieron la victoria, y la hicieron poco costosa; á pesar de ser su caballería tan superior, que Gonzalo afirmaba que semejante escuadron de hombres de armas no habia venido á Italia mucho tiempo habia.

Al dia siguiente se halló entre los muertos el general francés, á cuya vista no pudo el vencedor dejar de verter lágrimas, considerando la triste suerte de un caudillo jóven, bizarro y galan en su persona, con quien tantas veces habia conversado como amigo y como aliado. Hízole llevar á

Barleta, donde se hicieron sus exequias con la misma magnificencia y bizarría que si fuesen celebradas por sus huestes vencedoras; y él se dispuso á seguir el rumbo que su buena estrella le señalaba.

Cerinola, Canosa, Melfi, y todas las provincias convecinas, se rindieron al vencedor, que al instante dirigió su marcha á Nápoles á apoderarse de aquella capital. Llegado á Aterra, salieron á recibirle los síndicos de la ciudad, á cumplimentarle por su victoria, y á rogarle que entrase en ella, donde en sus manos jurarian la obediencia al Rey Católico. La entrada en Nápoles se celebró con un aparato real, como si el obsequio se hiciese á la persona misma del nuevo Monarca: la ciudad juró obediencia á España, y Gonzalo, en nombre del Rey, les juró la conservacion de sus leyes y privilegios. Fué esta entrada á diez y seis de mayo. Asi en poco mas de ocho años los napolitanos habian tenido siete Reyes: Fernando I, Alfonso II, Fernando II, Carlos VIII, Federico III, Luis de Francia, y Fernando el Católico. Nacion incapaz de defenderse, incapaz de guardar fé: entregándose hoy al que es vencedor, para ser mañana del vencido, si acaso la suerte se declara en favor suyo: sus guerreros, divididos entre los dos campos concurrentes, pasándose de una parte á otra á cada instante, y labrando ellos mismos las cadenas que se le echaban por los extranjeros: el pueblo nulo, y esclavo del primero que llegaba. Si hay alguna nacion del quien deba tenerse á un tiempo lástima y

desprecio, esta es sin duda alguna: como si los sacrificios necesarios para mantener las instituciones militares y civiles, que bastasen á defenderla de las invasiones de fuera, pudiesen jamas compararse con la desolacion y el estrago causados por estas guerras de ambicion y de concurrencia extraña.

Quedaban sin embargo por ganar los dos castillos de Nápoles, defendidos con una guarnicion numerosa, y bastecidos de todo lo necesario para una larga resistencia. Gonzalo, antes de marchar á Gaeta, donde estaban recogidas las reliquias del ejército enemigo, queria reducir aquellas dos fortalezas, para dejar enteramente asegurada la capital. Hallábase en el ejército Pedro Navarro, y su destreza y su pericia en la construccion de las minas eran un poderoso recurso para vencer las dificultades casi insuperables que presentaban los castillos en su rendicion. Embistióse primeramente á Castelново; y tomado un pequeño fuerte dicho la torre de San Vicente que está antes, Navarro dispuso sus minas, y las llevó hasta debajo de la muralla principal del castillo. En tal estado se intimó á los sitiados que se rindiesen, y ellos, confiados en la fuerza de la plaza, no solo desecharon la intimacion, sino que amenazaron al trompeta de matarle, si volvía otra vez con semejante mensaje. En seguida pegóse fuego á la mina, y ella, reventando, abrió por mil partes la muralla, que dejando una gran boca abierta, con espantoso rui-

do y estrago miserable de la gente que había encima, vino al suelo. Acometió al instante Navarro con los suyos, y anunciándose á Gonzalo que se estaba asaltando ya el castillo, salió corriendo, abrazado su broquel, á animar su gente y hallarse presente al combate. Este fué furioso y porfiado: toda la gente de la ciudad se subió á contemplarle desde las azoteas y torres de las casas, y á juicio de todos jamas los españoles manifestaron tal impetuosidad ni osadía. Ganaron primero el adarbe; y los enemigos, que se retrajeron á las puertas del castillo con intento de levantar los dos puentes que le defendían, no lo hicieron con tal prontitud que los españoles no llegasen al mismo tiempo. Ganaron el uno Ocampo, Navarro y otros españoles: el otro ya habían logrado los franceses levantarle, cuando Pelaez Berrío, gentil-hombre de Gonzalo, que estaba allí, asido de un brazo á los maderos, y subiendo con ellos, pudo colgado en el aire cortar con la espada las amarras de que estaban suspensos: cayó entonces el puente otra vez, y él entró, acompañado de dos soldados, y entre los tres sostuvieron el ímpetu enemigo hasta que acudieron mas españoles, y entre todos arrollaron á los contrarios. Los franceses al fin se entraron en la ciudadela, y pudieron cerrar las puertas. Entonces el combate se hizo mas espantoso: los nuestros, ayudados de las hachas, picos y máquinas, pugnaban por derribarlas; y los franceses, desde arriba, con cal, con piedras, con aceite, con fue-

go, con todo lo que el furor ó el temor les suministraba, ofendian á los españoles; que terribles, aumentando siempre su furor y su ímpetu, batian por todos lados la fortaleza. Comenzaba el enemigo á flaquear, y movia ya condiciones de entrega: cuando de resultas de haberse abrasado cincuenta españoles con la pólvora y artificios de fuego que los sitiados les arrojaban, embravecidos de nuevo, volvieron al combate con un furor tal, que entraron por todas partes el fuerte, cuyos defensores perecieron todos, á excepcion de unos pocos que se rindieron á merced de Gonzalo. Concedió este á sus soldados el saco del castillo en premio de su valor, y ellos se arrojaron al instante sobre las inmensas riquezas que contenia, atesoradas allí por los franceses. En su furor y en su codicia no perdonaron ni aun á las municiones, que el general había mandado se conservasen. Cuando se los quiso reprimir, dijeron, que debiéndoseles tantos dias de paga, y teniendo aquellas riquezas delante ganadas con su sangre y su sudor, querian pagarse por su mano. Gonzalo les dejó hacer, proponiéndose comprarles despues los artículos necesarios; y porque algunos, menos expeditos y afortunados, se lastimaban de lo poco que habían cogido en el saqueo, su generoso general, *id*, les dijo, *á mi casa, ponedla toda á saco, y que mi liberalidad os indemnice de vuestra poca fortuna*. No bien fueron dichas estas palabras, cuando aquellos miserables corrieron al palacio de Gonzalo, que estaba

alojado con la mayor magnificencia; y uniéndoseles mucha parte del pueblo, le despojaron todo, sin perdonar ni mueble, ni cortina, ni comestible, desde las salas mas altas hasta las cuevas mas profundas. Ganado así el castillo, puso en él por alcaide á Nuño de Ocampo, mandó que en él se quedase para guardarle la compañía de Pedro Navarro, donde estaban los mas valientes soldados del ejército, y á Navarro mandó que sin dilacion combatiere el otro castillo, que llaman del Ovo. Este siguió la misma suerte; pero aun con mas daño de los franceses, porque el efecto de las minas fué mas espantoso.

La armada francesa, que habia llegado al otro dia de la toma de Castelnuovo, tuvo que retirarse á Iscla, en donde tampoco fué admitida por haberse ya alzado en aquella isla la bandera de España, y tuvo que volverse sin hacer efecto. El Gran Capitán, aun antes de que se rindiese el segundo castillo, reunido el grueso del ejército, salió de Nápoles, y rendidos San German y Roca-Guillerma, el campo al fin se asentó sobre Gaeta. Esta plaza, ya fuerte y casi inexpugnable por su situacion, estaba defendida por Alegre, que habia llevado allí todas las reliquias del ejército vencido en Cerinola: allí estaban los principales barones que seguian el partido de Francia, los Príncipes de Bisiñano y Salerno, el Duque de Ariano, el Marqués de Lochito y otros: tenian por suya la mar, y el Marqués de Saluzo, que traía un socorro considerable

de gente, anunciaba la venida de un ejército francés. Empezóse á batir la plaza; y aunque Navarro, despues de allanado el castillo del Ovo, vino á reunirse con Gonzalo, y reforzaba con sus ardidés y su arte las operaciones del sitio, nada se adelantaba en él. Los sitiados, cada vez mas orgullosos con su número y la ventaja de su posicion, despreciaban á su enemigo, y ofendian con tal acierto, que muchos soldados y oficiales perecieron, entre ellos Don Hugo de Cardona, tiernamente querido de Gonzalo. Así que despues de llorar amargamente este desastre, conoció la inutilidad de continuar por entonces el ataque, mientras no fuese dueño del mar, y no queriendo enflaquecer su gente en el nuevo peligro que presentaban las cosas, apartó el real de Gaeta, y se retrajo á Castellon, situado no muy lejos de allí.

Luis XII, en vez de perder el ánimo con la ruina de sus cosas en Nápoles, apeló á su poder, y juntó tres ejércitos y dos escuadras á un mismo tiempo, para atacar por todas partes á su enemigo. Dos ejércitos fueron destinados á acometer las fronteras de España por Vizcaya y Rosellon; y el tercero, mandado por Luis La Tremouille, uno de los mejores generales de aquel tiempo, se dirigia á entrar en Nápoles por el Milanés, y volverse á apoderar de aquel estado: de las escuadras, una, mandada por el Marqués de Saluzo, habia de sostener esta última expedicion, y la otra se quedaria cruzando el Mediterráneo, para impedir la llegada á

Italia de los socorros que se enviassen de España. Era tal la confianza que los franceses tenían en el buen suceso de estos preparativos, que habiéndose dicho á La Tremouille que los españoles le saldrían á recibir, él respondió: *que holgaría mucho de ello: añadiendo, que daría veinte mil ducados por hallar al Gran Capitán en el campo de Vitervo.* Tuvo el caudillo francés la petulancia de hacerlo decir en Venecia á Lorenzo Suarez, pariente de Gonzalo, y embajador nuestro á la sazón cerca de la República; á lo que Suarez respondió graciosamente: *mas hubiera dado el Duque de Nemours por no haberle encontrado en la Pulla.*

No pudieron cumplírsele los deseos á Tremouille, porque una dolencia que le acometió le postro de tal suerte, que le fué forzoso retraerse á Milan. Entonces el Rey de Francia dió el mando de sus tropas al Marqués de Mantua, que, segun la costumbre de los capitanes italianos de aquel tiempo, ofrecia sus servicios á quien mas daba. Componíase el ejército de mas de treinta mil hombres, pertrechados de tal modo, que si hubieran embestido al instante el reino de Nápoles, las cortas fuerzas de Gonzalo difícilmente resistieran. Pero la mala suerte de Francia hizo que en aquella sazón muriese Alejandro VI; y el Cardenal de Amboise, ministro principal de Luis XII, quiso que las tropas destinadas á Nápoles se detuviesen al rededor de Roma, para influir en el cónclave, y ser elegido Papa. El Cardenal de la Rovera tuvo maña

para desconcertar sus medidas, alejar las tropas, y hacer elegir Pontífice á Pio III, que al cabo de pocos dias falleció: en cuyo espacio pudo ganar los Cardenales en favor suyo, y consiguió ser electo en el cónclave siguiente, tomando en consecuencia el nombre de Julio II. Las tropas francesas, detenidas y burladas, siguieron su camino á Nápoles, pero el tiempo estaba muy adelantado; y el Cardenal de Amboise, despues de subordinar los intereses del Rey á los suyos, ni consiguió ser Papa, ni aprovechó la ocasion única que se ofrecia de reconquistar aquel estado.

Era ya entrado el invierno, y las lluvias fueron tantas, que los caminos hechos barrizales y las campiñas pantanos, apenas dejaban marchar los hombres, cuánto mas el gran tren de artillería que el ejército arrastraba consigo. Otro inconveniente, que tuvo su tardanza, fué que el de Gonzalo se engrosó con las tropas que habia en Calabria, mandadas por Don Fernando de Andrade, y vencedoras de Aubigni, y con un número considerable de capitanes y soldados españoles que se vinieron á su campo, dejando las banderas del Duque de Valentinois, cuyo poder, despues de la muerte del Papa su padre, iba declinando á toda prisa. Pero al fin los franceses vencieron estas dificultades, y llegaron á las fronteras del reino: intentaron tomar por fuerza de armas á Roca-Seca; y Pizarro, Zamudio y Villalba, que la defendían, los rechazaron de allí; Roca-Guillerma se les entregó

casi por traicion; pero Gonzalo, á vista de su ejército, la volvió á tomar, sin que ellos osasen moverse. Llegaron á la orilla del Garellano, y empezaron á hacer sus disposiciones para pasarle, confiados en que hecho esto, todo el pais que hay desde el rio hasta la capital se les allanaria fácilmente. Gonzalo estaba de la parte opuesta con su ejército, y tenia la desventaja de que siendo por allí mas baja la orilla, la artillería enemiga podia hacerle todo el daño que quisiese.

Los franceses, construido el puente de barcas y maderos con el cual intentaban pasar el rio, á la sazón invadeable, hicieron varios esfuerzos para colocarle, y todos fueron vanos al principio; porque los españoles se lo estorbaban, y combatiendo con ellos, los hacian retroceder. Un dia al fin mas afortunados, encontrando con oficiales españoles poco diestros ó esforzados, arrollaron la guardia de la orilla opuesta, sentaron la punta del puente, comenzaron á pasar, y ganaron el bastion en que los nuestras se colocaban. Retrajéronse los fugitivos al campo, y le llenaron de agitacion y tumulto. Llega á oídos del general que el enemigo habia echado el puente, ganado el puesto, y que arrollando los soldados, se acercaba al real; y al punto da la señal de la pelea, se arma, sube á caballo, y sale él mismo al frente de sus tropas á encontrar con los franceses. Precipítanse los demas capitanes á su ejemplo: Navarro, Andrade, Paredes ordenan sus huestes, y tienden sus banderas. Fabricio

Colonná es el primero que arremete al enemigo, el cual no bien ordenado todavía, no puede sostener el ímpetu de los nuestros, y comienza á ciar. Era terrible el estrago que la artillería francesa hacia; mas despues que los españoles se mezclaron con los franceses no podia servir, á menos de hacer igual daño en unos que en otros. El grueso del ejército francés estaba ya sobre el puente, guiado por sus principales cabos, que seguian á los primeros. Estos arrollados caen desordenados sobre ellos, y los españoles furiosos entran tambien en el puente, hiriendo, matando, arrojando al rio cuanto hallan por delante. Fuéles en fin forzoso á los franceses recogerse á sus estancias, y abandonar el puente; siendo tal el furor con que se combatió de una parte y otra, que Hugo de Moncada, uno de los hombres mas intrépidos y valientes de aquel tiempo, confesaba despues, que no habia visto refriega mas terrible. Arrolladas al suelo compañías enteras por la artillería, destrozados los hombres y caballos, eran al instante suplidos por otros que intrépidamente se ofrecian á la muerte por ganar la victoria. Llevóse aquel dia el lauro del valor entre los oficiales Fabricio Colonna, que fué el primero que con mas peligro salió al encuentro al enemigo, y le lanzó hácia el puente; y entre los particulares Fernando de Hlescas, alferéz, que habiéndole llevado una bala la mano derecha, cogió la bandera con la izquierda, y llevada esta tambien, cogió la insignia con los codos, y así se

mantuvo hasta que Gonzalo dió la señal de recogerse. No eran de extrañarse por cierto estos ejemplos de valor en un campo que por todas partes respiraba honor y bizarría. El puente quedó echado, y protegido por la artillería que tenia el enemigo á la otra orilla. El Gran Capitan queria que se volviese á poner la guardia en el bastion mismo que antes ocupaba. Diego García de Paredes le dijo: *Señor, ya no tenemos enemigos con quien combatir, sino con la artillería: mejor será excusar la guardia, dejar que pasen mil ó dos mil de ellos, y entonces los acometeremos, y quizá podremos ganar su campo.* Gonzalo, todavía irritado de la pérdida del bastion, le contextó: *Diego García, pues Dios no puso en vos miedo, no le pongáis vos en mí. Seguro está vuestro campo de miedo,* respondió el campeón, *si no entra en él más que el que yo inspirare.* Picado hasta lo vivo descende del caballo, y poniéndose un yelmo, y cogiendo un montante, se entra solo por el puente. Los franceses que le conocian, creyendo en su ademan que queria parlamentar, salieron á él en gran número, y él se dispuso á hablar con ellos: mas luego que los vió interpuestos entre sí y las baterías, diciendo en altas voces que iba á hacer praebea de su persona, sacó el montante, y empezó á lidiar. Acudieron algunos pocos españoles á sostenerle en aquel empeño temerario, y trabóse una escaramuza, en la cual al fin los nuestros tuvieron que retirarse,

siendo el último Paredes, cuya ira y pundonor aun no estaban satisfechos con aquella prueba de arrojo.

Pocos dias despues sucedió otro caso, que demuestra bien el espíritu que animaba todo nuestro ejército. Habíase dado á guardar la torre del Garelano á un capitan gallego; y el puesto era tan fuerte, que con diez hombres solos podia mantenerse, y tan importante, que desde allí, como desde una atalaya, se veían todos los movimientos del campo enemigo. Los franceses, que no la pudieron tomar por fuerza, la compraron á los gallegos, y estos se vinieron á nuestro real; dando por causa de su rendicion mil falsedades, que se les creyeron. Mas cuando al fin se supo en el campo su villanía y su traicion, los soldados mismos hicieron pedazos á todos aquellos miserables, sin que el Gran Capitan castigase este exceso, que conformaba mucho con la severidad que él usaba en la disciplina militar.

Entretanto la discordia tenia divididos entre sí á los cabos del ejército enemigo. Indignábanse los franceses de obedecer á un general extranjero sin acierto y sin fortuna, que los tenia detenidos allí, sin poder adelantar sobre sus contrarios un palmo de tierra. Dábanle á gritos los dictados mas viles; y él, desconfiado de salir con la empresa, conociendo ya por experiencia el valor y constancia española; ofendido de los libres discursos del ejército, y de las increpaciones atrevidas de Alegre, re-